

Material para la celebración

REFLEXIONES PARA ANTES DE LAS II VÍSPERAS DE LOS DOMINGOS DE CUARESMA

PERE FARNÉS

- Las vísperas dominicales de Cuaresma constituyen una de las celebraciones más importante de la Liturgia de las horas, tanto por razón del día (domingo), como de la hora (las Vísperas al fin del día, son uno de los quicios del Oficio Divino), como finalmente del tiempo litúrgico, (la Cuaresma son días especialmente consagrados a la oración y la penitencia).
- Con referencia a la hora y al día (tarde del domingo) es sugestivo subrayar que este Oficio se celebra precisamente en el mismo día y en la misma hora de la primera aparición del Señor resucitado a la Iglesia “Al *anochecer* de aquel día, *el primero de la semana*”. De aquí la conveniencia de dar a esta celebración toda la expresividad posible.
- La Cuaresma y sus domingos son un tiempo consagrado singularmente a la oración, un tiempo instituido para que los fieles, *dedicados con mayor entrega a la alabanza divina*, se dispongan a conseguir aquella *abundancia de gracias que Dios prepara para sus hijos* (Cf. Pref. I de Cuaresma).
- Por todas estas motivaciones conviene poner especial interés en vivificar esta importante celebración, y evitar –sobre todo en las comunidades que rezan diariamente Vísperas– que éstas sean el simple cumplimiento de una obligación.
- Uno de los aspectos que más deberían cuidarse sobre todo en los domingos cuaresmales es el *canto de la salmodia*, por lo menos. Las comunidades más pequeñas y con menos posibilidades de canto pueden usar –lo recomendamos especialmente en vistas a

superar el rezo como simple obligación— las melodías sálmicas de los domingos, publicadas por *A. Cagigós* en esta misma revista (enero-abril 1997 y también en fascículo aparte). Estas melodías son singularmente fáciles y orantes.

- En esta misma línea del logro de una verdadera oración contemplativa pueden ayudar también a dar relieve a este Oficio en los domingos cuaresmales las breves reflexiones que ofrecemos a las catedrales, comunidades monásticas y religiosas, parroquias y cuantos grupos tomen parte en esta importante celebración cuaresmal de la Liturgia de las horas.
- Estas reflexiones convendría leerlas pausadamente unos momentos antes de empezar las Vísperas; después de esta lectura, y observado un *breve* momento de silencio, se entonaría la invocación inicial *Dios mío, ven en mi auxilio*.
- Los textos que figuran a continuación no persiguen directamente *explicar* el Oficio de Vísperas sino más bien *ambientar* la celebración en un contexto de verdadera oración, y de una oración que, *partiendo de los textos (o de alguno de los textos) que los labios cantarán*, ayude a que la mente ore y el corazón ore también y profundice progresivamente las palabras que la boca pronuncia.

DOMINGO I DE CUARESMA

Con la celebración de estas Vísperas llegamos al ocaso del primer domingo de la Cuaresma de este año. Estamos en una hora en la que todo invita a la oración. Jesús, según su promesa (Mt 18, 19), está presente aquí con nosotros y con nosotros orará al Padre (Mt 18, 20).

Él es el Dios Santo, pero también es la Cabeza del cuerpo de *nuestra* Iglesia. Nosotros —y muchos de nuestros hermanos— somos miembros pecadores que queremos renovarnos en estos días de camino hacia la Pascua. El camino es difícil y está lleno de dificultades y tentaciones. Hoy mismo hemos contemplado a Cristo, nuestra cabeza y nuestro hermano, luchando durante cuarenta días —los días de nuestra Cuaresma— contra el mal y contra las tentaciones. Y lo hemos visto vencer las seducciones del Maligno.

Como hacemos cada domingo a en esta hora de Vísperas, vamos a contemplar su lucha y contemplar su victoria, que son también nuestra lucha y nuestra victoria, pues Cristo es nuestra Cabeza y es “por nosotros, los hombres, que luchó y venció, que fue crucificado, muerto y sepultado y resucitó de entre los muertos”.

Escuchemos, pues, con alegría dominical en esta celebración: *Haré de tus enemigos el estrado de tus pies*; el Señor —el Padre— *someterá en la batalla a sus enemigos* —como hoy hemos escuchado en el evangelio—; y en la Pascua que se avecina, el Cristo total, Cabeza y miembros, *levantará la cabeza*, purificado ya todo el Cuerpo —los fieles— de toda mancha de pecado.

DOMINGO II DE CUARESMA

En la celebración eucarística de esta mañana (de este segundo domingo cuaresmal) hemos contemplado a Cristo que *mientras oraba* se vistió de luz y de blancura. Como en el día de la Transfiguración, al *subir a la montaña para orar*, se *llevó a Pedro, a Santiago y a Juan*, esta tarde nos asocia a nosotros a su plegaria, pues lo que nos disponemos a realizar es no nuestra oración personal sino la plegaria de la Iglesia, Cuerpo del Señor que, unido a su Cabeza, va a orar al Padre por nuestra voz.

La luz que envolvió el cuerpo de Jesús en la montaña santa es como un anuncio de la luz con que resplandecerá para siempre en su cuerpo resucitado. El *esplendor de su gloria*, —ha cantado el celebrante esta mañana (en la misa de este domingo) en el prefacio—, es anuncio de que *la pasión es el camino de la resurrección*.

Todo el cuerpo de Cristo que es la Iglesia se prepara durante estos días cuaresmales, para volverse resplandeciente como su Cabeza. También para nosotros la proclamación de la luz de la Transfiguración es anuncio de la luz que de Jesús —simbolizado en el Cirio pascual— se nos entregará en la Noche santa de Pascua.

Pero para que la luz de Cristo nos invada hemos de alejar antes toda tiniebla de pecado. En la Noche santa renunciaremos a

Satanás y a sus obras. Hoy, en esta celebración cuaresmal, el salmo 113 nos ayudará a preparar esta renuncia. Por ello proclamaremos: *Adoramos a un solo Dios, que hizo el cielo y la tierra* (ant. 2) y nuestros labios cantarán: *Nuestro Dios está en el cielo; los ídolos, en cambio del mundo, que nos seducen pero a los que queremos renunciar, no nos dan ni la felicidad ni la paz porque tienen boca y no hablan; ojos y no ven; orejas y no oyen. Que nosotros y todos nuestros hermanos en la fe –el verdadero Israel de Dios– sepamos confiar siempre en el Señor, nuestro auxilio y nuestro escudo.*

DOMINGO III DE CUARESMA

Nos disponemos a participar en la oración que el mismo Cristo dirige al Padre, a través de su cuerpo, la Iglesia. Él, el Señor, es el orante principal en esta celebración; por ello precisamente la plegaria litúrgica tiene un valor tan grande, por ello ante Dios la voz de la Iglesia le agrada por encima incluso de nuestras plegarias personales. Porque la Liturgia es la oración del mismo Cristo que ora con nosotros, por ello *la oración litúrgica, por su propia naturaleza, está muy por encima de todo ejercicio piadoso* (Sacr. Conc. 13).

Dios nos ama ciertamente como a hijos suyos, Dios escucha siempre complacido nuestras plegarias; pero hay una voz y una oración a las que atiende con mayor complacencia: la voz de su Hijo amado. Y es esta voz, esta plegaria, la que ahora va a resonar en su presencia a través de nuestros pobres labios.

“El mayor don que Dios ha concedido a los hombres, dice san Agustín, es hacer que el que era su Hijo, fuera también Cabeza de ellos y que así los hombres quedaran unidos a Cristo como miembros de su cuerpo. Por ello cuando hablamos con Dios en la oración Cristo está unido a nosotros de tal forma que cuando la Iglesia ora lo hace unida a Cristo, su Cabeza...” Y concluye exhortando a los fieles: “Reconozcamos, pues, que en nuestra voz es él quien ora y que su plegaria resuena en nuestros labios”.

Pero esta sublime oración que ahora Cristo dirigirá al Padre a

través de nuestros labios, esta “vocación” de ser *voz de Cristo* en la plegaria exige que nos dispongamos personalmente. Por ello empezamos nuestra oración litúrgica pidiendo al mismo Señor, a Jesucristo, Cabeza nuestra, que venga a ayudarnos, que sea él mismo, que nos ha llamado a ser voz de su plegaria, quien venga en nuestro auxilio y nos haga tener sus mismos sentimientos filiales: *Dios mío, Señor y Cabeza nuestra, ven en mi auxilio y date prisa en socorrerme.*

DOMINGO IV DE CUARESMA

La celebración eucarística de este domingo está especialmente marcada por el gozo y la alegría: la Pascua ya está cerca. Hoy ya ha habido flores en el altar, (hoy el morado del tiempo cuaresmal ha mitigado su austeridad y ha pasado a ser rosado), hoy sobre todo hemos visto como incluso el hijo que había abandonado a su padre es acogido misericordiosamente y en él nos hemos visto todos nosotros, pecadores, pero perdonados. Hoy, en resumen, la liturgia nos ha invitado, de manera especialmente intensa, a entrever ya y a pregonar lo que serán las alegrías pascuales.

Por ello en esta celebración vespertina que concluye este domingo remarcadamente alegre puede aumentar nuestro gozo subrayar el significado del salmo 111, que con frecuencia usamos los domingos y que hoy puede aplicarse de una manera más propia si cabe tanto a Cristo como a nosotros: *en las tinieblas brilla como una luz*: es Jesús, *el Justo* por naturaleza, el que para nosotros es *clemente y misericordioso*, aquel cuyo *recuerdo es perpetuo*, como lo testimonia la Iglesia sobre todo cada domingo al celebrar su muerte y su resurrección.

Nosotros, por nuestra parte, salvados por la misericordia del Señor, perdonados como el hijo pródigo, *no temeremos ya más las malas noticias; nuestro linaje será espiritualmente poderoso*, enriquecidos por la resurrección de Cristo, *tendremos riqueza y abundancia, veremos derrotados a nuestros enemigos* el pecado y la misma muerte.

En las tinieblas brilla como una luz: Jesús y la esperanza de perdón y de salvación de quienes nos diponemos a celebrar próximamente su Pascua.

DOMINGO V DE CUARESMA

En la plegaria vespertina de este domingo cantaremos la primera parte del salmo 113; con él recordaremos la salida de Egipto de nuestros padres de Israel y cantaremos todas las maravillas que este hecho conlleva para nosotros, los cristianos.

El salmo es un canto que nos abre a la esperanza, un canto auténticamente pascual. Por un lado aparece Egipto y su esclavitud; por otro, la tierra prometida y su libertad; y entre ambos, el camino a recorrer que para nosotros hoy es la Cuaresma.

Esta mañana, (o: en la misa de este domingo) al escuchar el evangelio, hemos contemplado ya un *tránsito* o *Pascua*, que ha confortado ya nuestro camino. Eran las palabras del Señor a la mujer pecadora: *Yo no te condeno. Anda, y en adelante no peques más.* Fue lo mismo que escuchar: olvida tus viejos pecados, aléjate del Egipto de las culpas que hoy te oprimen y esclavizan, siéntete libre de tus iniquidades.

Israel salió de Egipto, de la esclavitud de un *pueblo balbuciente*, del que ni la lengua acababa de comprender, y empezó su camino hacia la libertad. Mientras hacía su ruta, Dios habitaba en medio de Israel, tenía su morada itinerante en la “Tienda de la reunión”; el pueblo peregrino era como el templo del Señor: en el desierto *Judá fue su santuario*, el santuario del pueblo peregrino.

En nuestro camino cuaresmal hacia la libertad de la Pascua, también nosotros somos *santuario* de Cristo, pues, como cantamos al iniciar la Cuaresma, él nos acompaña con su ayuno de cuarenta días, para fortalecernos y alentarnos a *sofocar la fuerza del pecado* a fin de que *pasemos a la Pascua eterna*.

Vivimos un año más la Cuaresma hacia la libertad y caminando por

este mundo hacia la Pascua eterna. Somos el nuevo Israel de Dios, el *dominio del Señor*. Este mismo salmo que hoy acompaña nuestro camino cuaresmal acompañará también un día nuestra última Pascua que nos llevará definitivamente del Egipto de este mundo a la Jerusalén celestial. Con este salmo, en efecto, la Iglesia acompañará un día nuestros cuerpos ya sin vida hacia el sepulcro donde dormirán esperando la Pascua definitiva, la resurrección.

Nuestra Cuaresma es como un camino que simboliza y prepara nuestra pascua definitiva. Que el salmo con el que hoy oraremos en estas Vísperas nos ayude a asumir la Cuaresma de este año como camino hacia la que Pascua que se avecina y como camino también a la Pascua definitiva de nuestra vida, en la que la muerte será destruida por la resurrección. Cantemos, pues, en nuestro camino, llenos de esperanza en la victoria: *¿Qué te pasa mar, que huyes, Jordán, que te hechas atrás*. El mar, símbolo de la muerte que todo lo engulle, retrocederá ante el camino pascual de Jesucristo y de los suyos llamados a la resurrección.

DOMINGO VI DE CUARESMA O DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

Nos disponemos a celebrar las Vísperas del último domingo de nuestro camino cuaresmal. Se trata de un domingo que además de ser Cuaresma es también el día en que se inaugura la semana de la pasión, muerte y resurrección del Señor, la *Semana Mayor* del año como la llamaban los antiguos libros de la liturgia latina o la *Semana Santa* como la llama nuestro pueblo. Para hacer de esta celebración un ámbito de oración que corresponda a lo que en este día vive la Iglesia conviene situar exactamente la realidad celebrativa de estas Vísperas.

En este domingo, en efecto, se celebran como dos “misterios” entrelazados ciertamente, pero diversos: la triunfante entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén y la dolorosa Pasión del Señor con sus luchas. Desde el amanecer de este día (Laudes) nuestro recuerdo y nuestra contemplación han estado como centrados en